

# STALIN

## Revolucionario, dictador y chivo expiatorio

FERNANDO CLAUDIN

**P**OCOS personajes de la Historia universal han llegado a encarnar simbolismos tan contradictorios: el socialismo y el gulag, el paraíso y el infierno, el bien y el mal. Desde finales de los años veinte hasta su muerte, en 1953, el culto a Stalin, organizado bajo su propia dirección por el nuevo gran Leviatán que va edificándose sobre las ruinas del zarismo, lo presenta como el nuevo Lenin, el constructor genial de la primera sociedad socialista de la Historia, el más eminente teórico marxista después de Marx, Engels y Lenin; con la victoria aliada en la segunda guerra mundial, se convierte en el sabio estratega y sin par generalísimo, salvador de la patria socialista y de toda la Humanidad, amenazada por la barbarie fascista; el culto llega al clímax en los años siguientes, hasta la muerte: Gran Timonel, Padre de los Pueblos, Gufa de la Humanidad. A partir de 1956, de la implacable requisitoria de Jruschev en el XX Congreso del PCUS, la versión oficial presenta a Stalin como un simplificador y tergiversador del marxismo-leninismo, que no tiene en cuenta las enseñanzas de Lenin, se apodera solapadamente de la dirección del partido, monta un régimen policíaco dentro del partido y del Estado, se convierte en dictador, comportándose como un nuevo zar; que recurre a la represión contra millones de campesinos para imponer la colectivización, monta los procesos inquisitoriales de Moscú para exterminar a la vieja guardia bolchevique y a decenas de miles de buenos militantes, a los mejores cuadros del Ejército. Esta versión le hace responsable de los graves reveses sufridos

por el Ejército durante la primera fase de la guerra, que ponen al país al borde de la derrota. Le presenta, en resumen, como un mediocre político, un lamentable estratega, un marxista de andar por casa, un dictador, un gran criminal, un paranoico. Pero esta requisitoria jruscheviana, reafirmada y ampliada en algunos aspectos ante el XXII Congreso del PCUS (1961), proclama al mismo tiempo, con el mayor aplomo, que gracias al partido nada de eso había afectado a la "esencia" socialista del régimen ni había impedido los grandes éxitos de la construcción socialista. Así, las dos sucesivas versiones oficiales se resumen en los siguientes esquemas (formulados con el lenguaje de la época): primero (desde finales de los años veinte a la muerte de Stalin), **gracias** a Stalin, el partido y el pueblo alcanzaron victoriosamente las cimas luminosas del socialismo; segundo (desde 1956), **pese** a Stalin y **gracias** al partido, el pueblo alcanzó victoriosamente las cimas luminosas del socialismo. Stalin muerto servía de gran chivo expiatorio para escamotear las responsabilidades del partido y del régimen en los errores y dramas, en la terrible represión que se había abatido sobre las masas y sobre el propio partido, y para salvar el mito de la edificación del socialismo en la URSS.

Pero las requisitorias jruschevianas proporcionaban elementos concretos más que suficientes para llegar a conclusiones distintas y plantearse el gran interrogante: ¿es realmente el socialismo lo edificado en la URSS? La fe del carbonero dejaba paso a la mirada crítica, a la investigación, al conocimiento. Y al cumplirse un

cuarto de siglo de la muerte de Stalin, existen datos sobrados para suponer que en la URSS no hay socialismo, aunque quede mucho por hacer para llegar a un análisis satisfactorio de las estructuras y funcionamiento del sistema social y político allí creado. Las investigaciones en curso permitirán también comprender mejor el papel de Stalin, integrando críticamente las aportaciones considerables que debemos a las biografías clásicas de Souvarine, Trotsky, Deutscher y a las aportaciones parciales de otros autores. En los límites de este artículo no podemos pasar, evidentemente, de apuntar algunos rasgos muy generales.

...

Iosif Vissarionovitch Diugatchvili, nacido en la aldea georgiana de Gori, en 1879, hijo de un artesano zapatero, asiste a la escuela primaria y luego al seminario de Tiflis (hoy Tbilisi), capital de Georgia. En 1901 inicia sus actividades revolucionarias en el Partido Socialdemócrata ruso y en 1904 opta por la fracción bolchevique, siendo cooptado en 1912 al Comité Central de este grupo. Detenido al iniciarse la guerra y deportado a Siberia, lo libera la revolución de febrero, incorporándose de nuevo, en Petrogrado, a sus funciones en el Comité Central bolchevique. Tiene, entonces, treinta y ocho años, y hasta ese momento se ha distinguido, sobre todo, como un "práctico", un "organizador". De ese período sólo hay dos pequeños ensayos de él con algunos ribetes teóricos. Uno sobre el anarquismo y otro sobre la cuestión nacional. No hay en ellos nada original, pero sí una capacidad de síntesis y de exposición didáctica que caracterizará todos sus escasos escritos posteriores. Es un personaje gris al lado de los brillantes intelectuales que dan la nota en el grupo dirigente bolchevique. Pero con una voluntad tenaz y paciente. El seudónimo que adopta en la clandestinidad nos dice algo de cómo se ve él mismo. "Stalin" deriva de "stal" (acero, en ruso).

Su papel en la preparación y realización de la Revolución de Octubre no será tan importante



Dos imágenes amables de Stalin: con dos campesinas, en una granja colectiva de Tadjikistán, en 1935, y con un Jruschev sonriente, en 1937.



El Buró Político en 1929: Ordhonikidze, Vorochilov, Kulbichev, Stalin, Kallnin, Kaganovich, Kirov. Al fondo aparece un busto de Lenin.

como contarán después sus hagiógrafos, pero tampoco tan secundario como dirá Trotsky. Entra en la docena de los que más pesan en las decisiones. Forma parte como comisario del Pueblo para las Nacionalidades, de los primeros Gobiernos bolcheviques. Sigue distinguiéndose, sobre todo, como un organizador, hombre eficaz, que resuelve las cuestiones concretas. Tal vez por eso, el Comité Central lo escoge en 1922 como secretario general, cargo de nueva creación, con funciones organizativas y administrativas. En manos de Stalin adquiere rápidamente importancia decisiva. De él depende, fundamentalmente, la selección y promoción de los cuadros, la aplicación de las decisiones de la dirección y, en muchos casos, la adopción de las mismas. Lenin se da cuenta, y ya enfermo, medio paralizado, redacta sus famosas recomendaciones al XII Congreso del partido (1923) —conocidas por el "testamento"—, donde aconseja reemplazar a Stalin en ese cargo porque "concentra en sus manos un poder inmenso, que no estoy seguro utilice siempre con suficiente prudencia". Lo califica de "demasiado brutal", rasgo que considera "intolerable en las funciones de secretario general". Y advierte que la rivalidad entre Stalin y Trotsky constituye el principal peligro para la unidad del partido. Este documento sólo llega a conocimiento de los miembros del Comité Central y algunos otros cuadros después de la muerte de Lenin, durante el XIII Congreso del partido (abril de 1924). Pero Stalin tiene ya en sus manos los resortes del aparato, ha situado hombres que le son afectos en numerosos organismos del partido, y se ha aliado a Zinoviev y Kamenev para dar la batalla a Trotsky y sus partidarios, que reclaman correcciones en la política económica y más democracia en el partido. La mayoría del Comité Central decide mantener a Stalin en su cargo, pese a las recomendaciones de Lenin.

Poco después, Kamenev y Zinoviev comienzan a enfrentarse con Stalin y llegan a una alianza con Trotsky. Pero Stalin, aliándose con Bujarin y otros dirigentes de la "derecha", apoyándose en el aparato del partido cada vez más dominado por sus partidarios, vence a la oposición de "izquierda", trotskista-zinovievista. A finales de los años veinte vuelve sus baterías contra la "derecha", aplastándola en el curso de 1928-1929. En el curso de esta lucha, Stalin comienza a tomar decisiones sin contar con el Buró Político, colocándolo ante los hechos consumados. Al iniciarse los años treinta ha eliminado ya de todos

los puestos decisivos a las grandes figuras de la revolución: Trotsky, Bujarin, Zinoviev, Kamenev, Tomski, Rikov, Piatakov, Radek, etc. Sin embargo, todavía se inicia una cierta resistencia a su poder personal, en torno a Kirov, que se manifiesta entre bastidores, en el XVII Congreso (1934). Pero Kirov es asesinado a finales de ese año en circunstancias sospechosas. (En su informe ante el XXII Congreso, Jruschev explayará abiertamente la tesis de que el asesinato fue organizado por el propio Stalin.) Tomando como pretexto este crimen, Stalin desencadena una represión cada vez más sistemática y masiva en el seno del partido. Entre 1936 y 1938 monta los siniestros procesos, que le permiten exterminar físicamente a sus rivales históricos. Ni siquiera escapa Trotsky, aunque se encuentra lejos, exiliado. Todos habían sido ya vencidos políticamente, pero Stalin no se fía y aplica con método el lema de Fouché: "Sólo los muertos no vuelven". Cuando en 1939 se celebra el XVIII Congreso del partido, Stalin es ya el amo absoluto. Ni el Congreso, ni el Comité Central, ni el Buró Político, ni el Gobierno, tienen verdadero poder. No pasan de ser cajas de resonancia o instrumentos de aplicación. En adelante, apenas se reúne el C. C. y el XIX Congreso esperará trece años. Los soviets se han convertido en simples órganos administrativos burocráticos. El Soviet Supremo es el gran escenario donde se ratifican por unanimidad las decisiones del verdadero poder, concentrado en el dictador, en sus hombres de confianza, en el aparato policíaco, que penetra con su inmensa red todas las estructuras del partido y del Estado, todos los organismos sociales. El sistema de campos de concentración (GULAG) adquiere en ese período las monstruosas dimensiones que describirá Soljenitsin en su gran panfleto. Pero el monopolio absoluto de la información —hasta un grado que ningún otro tipo de dictadura ha podido alcanzar— impide que la población conozca lo que sucede. El miedo y el martilleo ideológico hacen el resto. Todo se justifica con la defensa de la revolución y la edificación del socialismo. Las ficciones —Constitución que proclama derechos y libertades inexistentes, elecciones con listas únicas que obtienen el 99,99 por 100 de los votos, etcétera— son aceptadas como realidades, porque, además del miedo y la desinformación, el país no ha tenido más experiencia de democracia que la muy efímera del año 17. Y de ella sólo queda la forma. Pero a todas estas razones del conformismo y la pasividad que caracterizan a la

gran masa se añade una más, tal vez decisiva: la industrialización acelerada asegura trabajo, aunque sea en condiciones difíciles de abastecimiento y vivienda, a millones de campesinos pobres y de parados forzosos. Se fomenta, además, la división entre los obreros, introduciendo, a través de la "emulación socialista", toda clase de diferenciaciones salariales y sociales. La enseñanza está más al alcance de las familias trabajadoras, sobre todo en la ciudad.

...

Las explicaciones psicologistas de la irresistible ascensión de Stalin no pueden llevarnos muy lejos. Tampoco la simple consideración de las estructuras propias del partido, de los mecanismos de su funcionamiento. Habría que introducir también los cambios en su composición sociológica y, sobre todo, los parámetros decisivos de la situación en que se encuentra la revolución al salir de la guerra civil. Frente a las teorizaciones de la oposición trotskista, orientadas hacia la revolución en Occidente, y frente a la línea bujarinista —la más próxima a las perspectivas de Lenin— de condicionar todo el curso económico y político al fortalecimiento de la alianza obrera y campesina, Stalin pasa a representar, de modo muy pragmático o con teorizaciones simplistas, la tendencia que predomina cada vez más en la capa social detentadora de los puestos de mando en el aparato del partido y del Estado, en los organismos económicos, en el sector estatal de la industria, etc. Se nutre esta capa, fundamentalmente, de cuadros muy recientes en el partido, sin apenas formación marxista, que, aun siendo de origen obrero, en muchos casos han quedado desvinculados de su clase; de funcionarios procedentes de la burocracia zarista; de especialistas económicos y otros técnicos procedentes de las capas medias del viejo régimen, en el mejor de los casos con ideas liberales. Poco a poco va cuajando una ideología cohesionadora de esta capa social, centrada en unos cuantos temas que se reflejarán cada vez más en la política interior y exterior de Stalin: a) no se puede subordinar el socialismo ruso a las perspectivas de la revolución en Occidente, cada vez más nebulosas; b) Rusia es un gran país que puede dar ejemplo al mundo; c) lo esencial es la industrialización, el desarrollo de las fuerzas productivas; todo lo demás vendrá dado por añadidura; d) la defensa frente al cerco agresivo de las potencias capitalistas exige los ritmos más rápidos de industrialización y dedicar todos los recursos necesarios a las fuerzas armadas; e) la única manera de acumular los medios suficientes para alcanzar estos objetivos es imponer grandes sacrificios al pueblo y, ante todo, a su principal componente, el campesinado; f) y para imponerlos hacia falta una disciplina de hierro, una unidad monolítica en el partido, una dictadura.

Utilizando estos medios, la dictadura de Stalin llegó a un fin que no era el previsto por muchos de sus agentes, tal vez por la gran mayoría: una nueva sociedad de clases dominantes y dominadas, de explotadores y explotados. Para la nueva clase dominante, formada a partir de aquella capa social, Stalin fue el dictador necesario, pero llegó a convertirse —con su tremendo y arbitrario poder policíaco— en una amenaza para sus propios privilegios, su propia seguridad burocrática. Una vez muerto renegó de él, al mismo tiempo que lo utilizaba como chivo expiatorio para justificar su pasado y asegurar su futuro. ■